

## LA ALIENACION PSICOLOGICA DEL POLITICO CONTEMPORANEO

POR

AGUSTÍN CARRASCO EGUINO  
Licenciado en psicología.

Es ya un lugar común afirmar la progresiva automatización de la vida del hombre contemporáneo, su alejamiento de la realidad y el consecuente embotamiento espiritual que ello comporta.

El fenómeno tiene una explicación filosófica. Fue Marcel de Corte, (1) quien, hace tiempo, caló con visión admirable en su génesis profunda: renunciando a vivir en un tiempo personal desde el cual se proyectase libremente hacia el exterior, el hombre se habría situado en el tiempo externo de los acontecimientos cósmicos con la pretensión de haberlos descubierto en su sentido último.

Pero esta tesis, aun de buena filosofía del hombre, tiene una llamativa implicación psicológica. Y es esta la base de la que parte el presente ensayo, que pretende apuntar algo sobre la psicología del grupo humano más influyente en la vida cotidiana —los políticos—, afectados igualmente de esta posición del hombre moderno en el tiempo exterior.

Se trata, pues, de una aplicación concreta de la tesis de Marcel de Corte, pero enfocada explícitamente desde la vertiente de la psicología. No es la primera vez que esto se ensaya; te-

---

(1) Corte, Marcel de: *L'Homme contre lui-même*, París, 1963.

nemos un precedente en Rafael Gamba (2), autor cuya finura psicológica rebasa las barreras de la filosofía política y a quien se debe la inspiración de este artículo.

## I. LOS ORÍGENES DE LA ALIENACIÓN.

El político del siglo xx está alienado —enajenado— de su experiencia vital inmediata. Su degeneración espiritual es un hecho. Para ello ha sido necesario un largo proceso de trastocamiento de la civilización occidental en todos los órdenes: religioso, filosófico, político, económico, jurídico, sociológico, estético, etc... El que aquí nos interesa detallar es el filosófico en tanto que inspirador del psicológico.

Fue, aproximadamente, en el Renacimiento cuando se da un giro copernicano en la historia del pensamiento. Los filósofos abandonan progresivamente la búsqueda de principios últimos para comenzar a interesarse por el modo de conocerlos e, incluso, por la posibilidad de su conocimiento mismo. La metafísica cede su puesto a la gnoseología, pero una gnoseología cuyo punto de partida es el propio hombre y no el mundo sensible. De esta manera, se llega a un subjetivismo endiosado, en el que el pensador es el demiurgo de lo pensado; es más, se concibe lo pensado como una estructura limitada, perfectamente reductible a fórmula: «... entiendo por racionalismo la concepción que deja de considerar a este Universo en que vivimos como algo contingente que debe buscar en su Ser Necesario la causa de su existencia para considerarlo como necesario y autoexplicativo en su ser mismo» (3). El racionalismo, pues, da el primer y decisivo paso hacia el inmanentismo absoluto.

---

(2) Gamba Ciudad, Rafael: *La unidad religiosa y el derrotismo católico*, Ed. Católica Española, S. A., Sevilla, 1965; *El lenguaje y los mitos*, Ed. Speiro, S. A., Madrid, 1983.

(3) Gamba Ciudad, Rafael: *Eso que llaman Estado*, Ediciones Montejuorra, Madrid, 1958, pág. 196.

### Los mitos.

Pero toda cosmovisión se traduce en unos hábitos psicológicos concretos; y ello, mediante un nexo de unión a caballo entre las dos esferas. Nos estamos refiriendo al mito.

El mito, aunque vulgarmente sea el sinónimo de un relato fabulado es, en realidad, algo más. Ya Platón consideró el mito como un medio de expresión de ciertas verdades no incluíbles en el molde del razonamiento. Pero sólo en nuestra época se ha tratado al mito como un elemento cultural más, expresión de eso que se ha dado en llamar «la conciencia cultural» (4). Y más de un psicólogo, en especial de la escuela psicoanalista y estructuralista, ha subrayado su impronta psicológica. Entre nosotros Gamba —no un psicólogo precisamente— nos aporta una seria visión del tema. Según él (5), los mitos serían el vehículo por el que se concretan las ideas o sistemas de ideas de una colectividad y el cauce por el que influyen en el proceso histórico. Tendrían un carácter no intelectual, acusadamente imaginativo y emocional, amén de otras características que aquí no hacen al caso.

### El racionalismo y sus mitos.

Pues bien, el racionalismo proliferó en toda una serie de mitos, el primero de los cuales se ha denominado el «mito del progreso indefinido»: «Según este mito ambiental, la humanidad debe avanzar siempre en un progreso a cuyo término se hallará el conocimiento omnicomprendivo o total de la realidad» (6). Este mito «volteriano», pasivo en sí mismo, ofreció la base para su ampliación en otro —el «mito de la Historia»—

---

(4) Ver el vocablo «mito», en Ferrater Mora, José: *Diccionario de Filosofía abreviado*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1970, págs. 283.

(5) Gamba: *El lenguaje...*, cap. 2.

(6) Gamba: *La unidad...*, pág. 118.

que contempla a ésta como «una instancia inapelable. Se la imagina como un río sagrado, irreversible, que en su fluir constante crea o preforma toda realidad humana y la explica en raíces dinámicas o genéticas» (7).

Estamos ante una cuestión fundamental. El hombre moderno, apartado de la realidad, delegó su responsabilidad en un fetiche al que confirió todos los atributos de un ser vivo omnipotente. Nada que hacer ante la Historia. Ella lo vivifica todo, ella lo explica todo, ella todo lo arrastra. Sólo faltaba un detalle: que el marxismo indicase a la Historia un fin concreto y la lanzase violentamente a su conquista, acelerando la morosidad de su flujo. Este es el «mito de la Revolución», tercero de los que dio a luz el racionalismo y que vino a activar la inmovilidad del «mito del progreso indefinido».

#### La vivencia moderna del tiempo.

Todo este proceso ha determinado, en lo psicológico, uno de los más importantes fenómenos que se pueden estudiar en nuestros días; nos referimos a la vivencia y noción que del tiempo, de la historia y del propio acontecer íntimo tiene el hombre moderno.

Según Marcel de Corte, los antiguos se sentían inmersos en dos clases de tiempos: uno personal y otro exterior. Tiempo personal sería aquel de la propia vida, continuo, del que cada uno se haría responsable por ser hijo de la misma libertad. Tiempo exterior sería el de los grandes acontecimientos; tiempo discontinuo, arcano y misterioso —contradictorio a veces—, que incide en el tiempo personal.

La tensión que en lo íntimo se genera entre los dos tiempos, tiene su correlato objetivo en la producida por la fuerza potencial del hombre al enfrentarse a las dificultades que la vida le depara. La afirmación de sí mismo y el logro de la madurez personal son el fruto de esta doble tensión. El hom-

---

(7) Gamba: *La unidad...*, pág. 111.

bre necesita de un acontecer cósmico al que oponer sus talentos; ambos están suministrados por la Providencia, que en su infinita sabiduría ha dispuesto que sólo así el ser humano se vea libre, creador y arraigado.

Resulta hermoso observar que lo que así es para la realización de la naturaleza humana, se cumple igualmente en los niveles primarios de la misma. Es ya un clásico de la psicología la experiencia que en 1954 llevaron a cabo Bexton, Heron y Scott en el campo de la atención. Durante unos días los sujetos vivieron tumbados en una cama, en una habitación en la que se procuró eliminar hasta donde fuese posible toda estimulación perceptiva o estructurada. Los resultados fueron concluyentes: al cabo de los días los sujetos presentaban un cuadro de alucinaciones tanto visuales como auditivas (incluso táctiles y cinestésicas); anormalidades en la visión (tanto de los objetos como en el sentido de la perspectiva); síntomas cíclicos, progresivamente más intensos, de inquietud y desasosiego; por último, creencia en la ocurrencia de fenómenos paranormales en la habitación. Se concluyó que parece esencial para el ser humano un ambiente sensorial cambiante. Sin él, el cerebro cesa de funcionar de una forma adecuada y se desarrollan anormalidades en la conducta.

La alienación surge cuando el hombre deja de creer en Dios para creer exclusivamente en sí mismo. El acontecer cósmico deja entonces de tener explicación. Pero como su endiosamiento no puede consentir tal vacío, fabrica un sentido para la historia, como hemos visto. Este sentido es determinista y lo abarca todo, incluyendo al propio hombre. De esta manera llegamos a una forma de alienación psicológica en la que el hombre pierde su vivencia de un tiempo interior para situarse en la vivencia de un tiempo exterior. Se arroja al cauce de «su» historia y se abandona a su corriente.

Este el tema de la psicología del hombre contemporáneo y es el drama del político moderno. El político, cuya vocación es el servicio a la comunidad para la consecución del bien común, ya no afronta cada problema de su nación con un realismo,

inteligencia y prudencia cada vez renovados. Ahora ve cada problema con las gafas del «sentido de la Historia» e intenta embutir, aun a costa de tener que mutilarla, la realidad nacional en su molde. Y esto se extiende tanto al político de derecha como al de izquierda.

## II. LA ALIENACIÓN.

Llegamos así, por mor del proceso explicado, a describir las consecuencias psicológicas que para el político tiene esta instalación del hombre moderno en la exterioridad.

### Una aclaración.

Pero antes querríamos aclarar un punto importante que no nos desviará de la perspectiva del psicólogo tanto como pueda parecer.

Nos referimos a la psicología del político, tanto de derecha como de izquierda. Y ello porque creemos que derecha e izquierda son las dos caras de una misma moneda y no dos monedas distintas.

No compartimos la opinión de que derecha-izquierda sean categorías ideológicas. Más bien creemos que se trata de simples metáforas, y nada más. En este sentido, no nos parece correcto afirmar que desde el Protestantismo asistimos en la historia a un progresivo avance del pensamiento de izquierda sobre el de derecha. Creemos más exacto decir que presenciamos un proceso revolucionario que pretende trastocar el orden cristiano de la civilización y al cual se ha opuesto la Iglesia católica a modo de contrarrevolución. Tildar de derechista al pensamiento contrarrevolucionario sería sembrar la confusión al incluir a la derecha en el campo de la contrarrevolución.

Tampoco compartimos la postura joseantoniana sobre el tema. Para José Antonio la derecha significaba la bandera del miedo y de la conservación de los bienes propios en medio de un orden económico injusto, para lo cual se invocaba el ideal

cristiano del orden y la paz. La izquierda, a su vez, sería la fuerza destructora ciega, azuzada en parte por la miseria del proletariado, en parte por la envidia y en parte por los intereses del bolchevismo internacional. Estas no son definiciones conceptuales, sino descripciones de emociones y actitudes encubiertas (lo que nosotros queremos hacer en este artículo), actitudes que pueden haber variado en la actualidad.

Se impone, pues, una aclaración conceptual. Baste un breve apunte: en primer lugar, creemos que derecha e izquierda son como las oscilaciones del péndulo del mito de la Historia y su sentido. La izquierda lo aceptaría sin reservas e intentaría su aceleración a la manera revolucionaria. La derecha no rechazaría el mito en sí; lo aceptaría pasivamente, «ilustradamente» e, incluso, intentaría retardar su aceleración por parte de la izquierda. En segundo lugar, coincidimos con Vallet de Goytisoló en que «la actual perspectiva de una humanidad dividida en derecha e izquierda... nace religiosamente del agnosticismo, filosóficamente del nominalismo y política y económicamente del liberalismo» (8); y añadiríamos que para entenderla cabalmente hoy, segunda mitad del siglo xx, hay que acudir al marxismo. Derecha e izquierda son, en la actualidad, términos acuñados por el método dialéctico del marxismo para su praxis política del sentido de la Historia, y al que no es ajena, entre otros muchos factores, la técnica del condicionamiento semántico que se estudia en psicología.

Esta, creemos, es la noción operativa que rige hoy en estos dos términos y de la que tenemos que partir.

### Alienación psicológica del político de derecha.

— *Posición ilustrada ante el mito de la Historia.*—Ya hablamos antes del mito de progreso indefinido. Entonces lo calificábamos de pasivo, lo cual no hace sino referencia a la acti-

---

(8) Vallet de Goytisoló, Juan: «Notas críticas en torno a la distinción entre Izquierdas y Derechas», en *Verbo*, núm. 135-36, pág. 795.

tud psicológica de quien lo profesa: «... el mito del progreso tenía algo de pasivo y confiado... El progresista profesa el mito de la razón y espera en ella —se cree quizá en el secreto del devenir histórico—, pero no adopta todavía una postura activa hacia el futuro ni se siente llamado a intervenir en su curso. Es amigo de las innovaciones... pero no es todavía un revolucionario» (9). Creemos que esta es la actitud que cuadra perfectamente con los líderes derechistas del momento. Creen en un sentido inexorable de la historia —se ha colocado en el tiempo exterior—, pero se diferencian de los izquierdistas en que no son revolucionarios, sino reaccionarios, esto es, que reaccionan contra la aceleración histórica y la violencia que conlleva.

— *Segmentación de la realidad.*—Primeramente se da una segmentación de la propia realidad interna en un curioso caso de personalidad dividida o esquizoide. No cabe duda de que muchos políticos de derecha realizan una fuerte aportación al pensamiento contrarrevolucionario entre sus convicciones ideológicas, pero no lo manifiestan en su actuación pública. ¿Por qué?

Quizá se pueda invocar como una de sus causas la teoría personalista de Maritain, para quien se da una división entre el individuo —elemento neutro que se debe al Estado— y la persona —este sí, elemento llamado a la trascendencia—. Esta teoría, partiendo de una falsa y artificiosa distinción, genera una especie de «complejo de inferioridad» en el político de derecha, que se traduciría en el abandono para su praxis política de las convicciones más íntimas y en su actitud «pactista» frente a la izquierda, siendo así que ésta nunca lo es salvo conveniencia propia. Sin embargo, si escarbásemos en esta actitud no tardaríamos en encontrar la fuente de alimentación de la personalidad dividida del derechista de que hablábamos: el miedo. Miedo, por una parte, al carácter revolucionario y violento de la izquierda; miedo, por otra, a la pérdida de la estabilidad propia; por último (es una convicción personal), miedo inconsciente a que

(9) Gamba: *La unidad...*, pág. 119.



el mito de la Historia sea una falsedad. La intuición de este miedo fue lo que inspiró las observaciones de José Antonio.

En segundo lugar, se produce una segmentación de la realidad como tal en el político derechista. Este fenómeno es otra de las consecuencias del racionalismo. El político derechista divide en compartimentos estancos las diferentes áreas de la vida pública y sólo atiende a la de su propia competencia con exclusión de las otras. Es más, en virtud de esta especialización extrema a que nos ha conducido una ya larga tradición universitaria, el político no tiene una suficiente formación global que le ayude a desechar su especialidad como el ombligo del mundo. Así surgen los «delirios» planificadores, económicos, ecológicos, educativos, culturales, etc.

En esta segmentación de lo real se encuentra la explicación del tercer fenómeno psicológico del político de derecha.

— *Tecnocratismo*.—Vallet ya trató con suficiencia el fenómeno de la tecnocracia (10), definiéndola como ideología que se caracteriza por reservar el lugar central a los fenómenos económicos y que se autojustifica en términos de eficacia económica. Y, más aún, calificó a la tecnocracia de materialista, tanto por los medios —el método de las ciencias físicas enseñoreado de la política— como por el fin —el bienestar material con exclusión de cualquier valor trascendente—.

Sin embargo, pudiera parecer a primera vista que esta caracterización de la tecnocracia se contradice con la realidad de unos políticos que se autodenominan «creyentes» —nadie duda de su sinceridad— y que contribuyeron muchos de ellos a la «des-ideologización» del régimen de Franco.

De ahí que el epígrafe de este apartado intente significar las motivaciones psicológicas tecnocráticas de un político de derecha. Como ya se adelantó, tendríamos que considerar de nuevo el fenómeno de la segmentación de la realidad. Para un político que piensa que, en tanto que hombre público, ha de ser

---

(10) Vallet de Goytisolo, Juan: *Ideología, Praxis y Mito de la Tecnocracia*, Ed. Escelicer, Madrid, 1960.

neutro y aséptico, alejado de toda trascendencia, aun permaneciendo cristiano en lo íntimo, es lógica la búsqueda de un terreno «imparcial» que posibilite un «consenso» con toda la sociedad. Y este terreno es la economía, pero una economía tomada en su vertiente cuantitativa, fácilmente controlable por resultados y por el goce material que proporcione a la sociedad.

De nuevo nos topamos con el complejo de inferioridad y el miedo. El político derechista está abocado a la tecnocracia.

### Alienación psicológica del político de izquierda.

Cumple ahora hablar de los fenómenos psicológicos que se dan en el político de izquierda, resultado de su alienación en el tiempo exterior. Cabe hablar aquí de una progresión cualitativa de estos fenómenos con respecto al político de derecha, y ello tanto por vía negativa como por vía positiva.

Por vía negativa:

— *Ausencia de la segmentación de la realidad interna y del tecnocratismo.*—En el político izquierdista el fenómeno de la segmentación interna no se da, puesto que para él sólo existe el hombre en tanto que materia autorreflejada. No establece una distinción entre individuo y persona, por lo que el izquierdista ni tiene miedo, ni complejo de inferioridad, ni división de la personalidad política.

En cuanto a la segmentación externa, en nuestra opinión, se da y no se da. En cierto sentido se da aquello de que hablábamos sobre la división en compartimentos estancos de las áreas de actuación política. Pero en cierto sentido no se da, porque el político izquierdista, contrariamente a lo que ocurre con el derechista, es capaz de una visión unitaria y trabada de la política. La unidad le viene dada por la consideración materialista de todo lo vital. Este monismo materialista arquitraba todas las áreas de la vida pública: religión, economía, cultura, trabajo, agricultura, deporte, etc...

Visto así, el político de izquierda también está abocado a

la tecnocracia; pero mientras el derechista lo estaba por reacción ante su división, el izquierdista lo está por deducción de su ideología. El político de izquierda es tecnócrata, pero no tecnocratista en su psicología.

Por vía positiva:

— *Posición roussoniana ante el mito de la Historia.*—Por roussoniana queremos decir revolucionaria. Rousseau, en tiempos de la Ilustración, fue el primero en hablar de una acción contra las viejas instituciones y no de una mera espera de su auto-destrucción. El político de izquierda es roussoniano en su espíritu, esto es, revolucionario. Su postura no consiste en dejarse llevar por la corriente de la Historia, sino que pretende acelerarla sabiéndose favorecido por su sentido. Y esto es, precisamente, lo que da lugar a una característica que creemos capital en el político de izquierda y en todo izquierdista en general: el militantismo.

Hablando del mito de la Revolución, Rafael Gamba añade una sutileza psicológica: «Esta difícil armonización entre el determinismo de un proceso económico cuyo sentido y leyes se conocen, y la libre acción de un grupo, otorga al espíritu revolucionario actual su fuerza y la seguridad de su destino...» (11). En efecto, su fuerza nace de su seguridad. Y es que el mito de la Historia es más marxista que derechista, le «cuadra» más. Un derechista difícilmente será militante en el sentido en que Lenin lo concebía (el revolucionario de veinticuatro horas); el miedo no depara convicciones, no genera militantes. Pero el revolucionario sí es militante; se entrega con ardor a la causa, porque sabe que lo tiene todo a su favor y porque el espíritu de aceleración que la revolución comporta inspira el idealismo y la entrega sacrificada. Sólo el revolucionario y el contrarrevolucionario son militantes.

En el fondo, es todo un drama el que se desarrolla en la psicología izquierdista: la lucha entre el determinismo y la libertad. El izquierdista cree en la marcha inexorable de la Histo-

---

(11) Gamba: *La unidad...*, pág. 120.

ria; pero inmediatamente le acucia la queja natural de su libre albedrío. Y como solución intenta adelantarse a la Historia acelerándola, para sentirse así algo más que la pieza de un engranaje monstruoso. Es como el mulo tirando de la carreta. Hasta los héroes de la tragedia griega disponían de más opciones ante el destino.

— *Negación vital de toda trascendencia.*—No nos estamos refiriendo aquí a un ateísmo racional, producto de una doctrina; lo que intentamos es dar cuenta de un embotamiento psicológico, casi patológico, que haría del político de izquierda un ser clausurado a la trascendencia. Incapaz de ver más allá de lo tangible y mensurable, estaríamos no sólo ante un prejuicio —fenómeno en el que se conjugan factores de actitud y emocionales— sino ante una ausencia de finura espiritual parecida a la de Pilato cuando exclamó: «¿Y qué es la Verdad?», siendo así que la tenía ante sus ojos. Se trataría de un neo-paganismo militante que necesitaría, como medida terapéutica, una «gracia tumbativa» similar a la que desmontó a San Pablo.

### III. SOLUCIONES A LA ALIENACIÓN (PSICOLOGÍA DE UN CAMBIO):

Al entrar en la espinosa cuestión de las soluciones, queremos advertir que, siguiendo la línea de este ensayo, no pretendemos ofrecer soluciones directamente políticas al problema analizado, sino sólo apuntar una serie de necesidades psicológicas, básicas para la restauración del político como persona, siempre teniendo como norte el regreso a la vivencia de un tiempo interior personalizado.

1. *Exacto conocimiento de la naturaleza humana.*—No nos referimos aquí exclusivamente a un conocimiento filosófico, sino también a una ponderación de las capacidades y limitaciones del ser humano. El político, como hombre que es, ha de saber:

a) que su ser no es producto de una autofabricación, sino el resultado de una creación «ex nihilo» y que tiene un grado de parentesco de imagen y semejanza con su Creador;

b) que es un compuesto de alma y cuerpo y que, por tanto, no es sólo materia o sólo espíritu;

c) que su inteligencia no es intuitiva sino racional, es decir, limitada, sometida a unos procesos de inducción y deducción y condicionada por los datos de la experiencia sensible. Esto que acabamos de decir nos puede llevar lejos, porque entre sus consecuencias se contarían:

— la humildad con que el hombre ha de abordar su intento de conocer el mundo y el político ha de calibrar sus posibilidades a la hora de la acción política;

— la insensatez que supone afirmar que más allá de lo que el raciocinio humano puede conocer, nada existe: «La situación de la cultura actual, dominada por los métodos y por la forma de pensar propios de las ciencias naturales, y fuertemente influenciada por las corrientes filosóficas que proclaman la validez exclusiva del principio de verificación empírica, tiende a dejar en silencio la dimensión trascendente del hombre y, por eso, lógicamente, a omitir o negar la cuestión de Dios y de la revelación cristiana» (12);

— la mayor insensatez, por tanto, en que consiste tratar de explicar de forma acabada y perfecta el cosmos en su totalidad con el único instrumento de la razón;

d) que es sociable por naturaleza, lo que significa que sus facultades conllevan una tendencia comunitaria, inherente a ellas mismas, y que sólo en la comunidad obtendrán su pleno desarrollo (como demuestran los estudios publicados sobre «niños salvajes»). De lo que se deduce que el político, por la misma naturaleza de su vocación, está abocado a la salvaguarda del bien común de la sociedad y no a la tecnocracia ni al tecnocratismo;

e) que su sociabilidad redonda en una entrega innata de sus facultades y de su inteligencia creadora (impregnada de la idiosincrasia propia de cada individuo), pero no en una integración de la totalidad de su yo en una masa amorfa en la que se

---

(12) Ver Mensaje de Juan Pablo II a España, BAC popular, Madrid, 1982, págs. 51-52.

diluyen esas mismas facultades, esa misma inteligencia y ese mismo yo.

2. *Restauración de las costumbres*.—Aunque brote, como vamos a ver, de la propia consideración de la naturaleza humana, la restauración de las costumbres es un tema lo suficientemente capital como para que lo tratemos aparte.

Para Gamba «las costumbres constituyen la realidad humana, en que las normas morales se encarnan y realizan socialmente; de ellas deben nacer posteriormente las leyes» (13). Es decir, que las costumbres son el intermediario entre el precepto divino y la moral positiva.

Pero este proceso que lleva de la ley natural a la ley positiva pasando por la costumbre, tiene su correlato psicológico en otro proceso, «típicamente» humano, que va desde la consideración o «intuición» racional de la ley natural a la acción social, pasando por la imagen del comportamiento.

¿Y en qué consiste esta imagen del comportamiento? Según el mismo Gamba, «lo mismo que el hombre en su obrar individual se rige por imágenes motoras, en la vida de relación actúa por imágenes de comportamiento, que son producto de una larga y remota elaboración en la que fe y sentimiento tienen la parte más decisiva» (14).

Hay un notable paralelismo entre esta idea de Gamba y la explicación que da el psicólogo Jean Piaget sobre el desarrollo intelectual del niño en la primera infancia. Brevemente explicado: hasta los siete años el niño sustituye la lógica de los adultos por la intuición, que es la «interiorización de las percepciones y los movimientos en forma de imágenes representativas» (15). Dicho de otro modo, el niño extrae los patrones de su obrar futuro de unas imágenes interiorizadas que representan sus pasadas actuaciones.

---

(13) Gamba: *Eso que...*, pág. 170.

(14) Gamba, *La unidad...*, pág. 39.

(15) Piaget, Jean: *Seis estudios de Psicología*, Ed. Seix Barral, 1977, pág. 50.

Suele decirse que «se han perdido las costumbres». Ciertamente, pero se han perdido, entre otras razones, por la pérdida en el hombre masificado de las imágenes de comportamiento (16). Restaurar las costumbres equivaldría, pues, en lo psicológico, a restaurar las imágenes de comportamiento.

Y ya que hablamos de restaurar, quisiéramos apuntar, por último, a sabiendas que no descubrimos nada nuevo, que el librito *El silencio de Dios*, de Rafael Gamba (17), puede considerarse un auténtico programa de terapia psicológica en orden al arraigo del hombre a la Ciudad.

3. *Política natural*.—Este extraño título da cuenta, más que de una necesidad fundamental, de una consecuencia derivada de los otros dos apartados.

El político tiene la grave responsabilidad de conocer la propia naturaleza humana y de restaurar las costumbres. Si lo logra, los resultados no se harán esperar:

— el político habrá regresado a la «realidad de las cosas» un largo y desalentador periplo por el mundo del artificio delirante;

— su actuación política se atenderá a la consideración realista de los hombres, su naturaleza y sus condicionamientos históricos, y propondrá soluciones serenas y reflexivas, alejadas del prejuicio partidista. No se darán, pues, soluciones especificadas de antemano en un programa, ni se aplicará, por sistema, una única forma de gobierno en todas las naciones;

— la praxis política no emanará de un militancismo, fruto de la especulación de una razón desvinculada de lo terreno; ni mucho menos, será la expresión de un miedo acomplejado.

\* \* \*

---

(16) Nótese que esta pérdida se aplica al hombre masificado. Sería objeto de un bonito estudio saber si el revolucionario tiene imágenes de comportamiento y, en caso positivo, indagar cuáles.

(17) Gamba: *El silencio de Dios*, Librería Huemul, S. A., Buenos Aires.

Cabría pensar que aquí termina nuestro ensayo. Pero hay algo que añadir todavía: seríamos los propugnadores de una psicología miope si no reconociésemos que «aquí» falta algo. Falta la Religión.

Ninguna de las soluciones propuestas sirven de nada si el político no vuelve su mirada a lo trascendente. Porque si antes hablábamos de la humildad, forzoso es reconocer que no hay humildad verdadera en quien no se re-liga a su Creador; y si hablábamos del conocimiento de la naturaleza humana, mentiríamos si no afirmásemos que dicho conocimiento nos enfrentará de bruces con la dignidad que nace de ser hijos de Dios.

El hombre degenera sin la religión. La explicación la sabe cualquier director de almas: es humanamente imposible que un hombre persevere en la virtud con sus solas fuerzas naturales, sin el auxilio de la gracia, porque la gracia completa y perfecciona la naturaleza humana, debilitada por el pecado original.

Si el político no se convierte, si no vuelve a la religión, todo lo dicho es papel mojado, pues lo comunitario, lo social, lo político en sentido amplio, son hechos impregnados de lo religioso. Esto hay que entenderlo con la razón y verlo con la fe.

Como decía Santa Teresa, «que nuestra alma no sea sino de Aquel que la ha comprado con su sangre». Tornemos a Dios, a a realeza de su Ungido, al magisterio de su Esposa y a la obediencia del «dulce Cristo en la tierra».